

JAVIER URIARTE, *The Desertmakers: Travel, War, and the State in Latin America*. New York: Routledge, 2020.

Pormenorizado, vital, informado y provocativo, *The Desertmakers* de Javier Uriarte pone en diálogo, desde una perspectiva comparatista, la narrativa de viajes, los procesos de modernización y la representación de la guerra en cuatro autores, cuyos escritos dan cuenta de las transformaciones que tuvieron lugar hacia fines del siglo XIX en la zona sur de Latinoamérica. Implícita en el título de este interesante trabajo y explicitada, a su vez, por el autor en el capítulo introductorio, la hipótesis de Uriarte interpela—no siempre desapasionadamente—la mirada que lee el proceso histórico-político de la modernización como uno que consiste en organizar naciones sobre espacios discursivamente vacíos y disponibles.

Se perciben con nitidez las múltiples decisiones tomadas por el crítico, al enfocar su lente sobre la guerra y la violencia que, en aras de elevar una nación sobre el vacío (*desierto* en la terminología decimonónica) produjeron procesos de desertificación y de ruina atestiguados en los escritos de destacados viajeros. Los desiertos, según la perspectiva adoptada, no constituyen espacios disponibles, no aparecen como ámbitos vacíos a la espera de ser incorporados en las cartografías nacionales sino que se presentan como corolario de dichos procesos de modernización que, en todos los casos, supusieron guerras más o menos representadas, más o menos visibles, cuyas huellas retóricas sobre el discurso de los cuatro autores seleccionados, Uriarte señala con encomiable prolijidad.

El primer capítulo se centra en el viaje al Paraguay del viajero inglés Richard Francis Burton (1812-1890), quien visitó la región en dos breves oportunidades, en 1868 y en 1869. Ambas fechas coinciden con el último tramo de la Guerra del Paraguay. Más allá de la declarada admiración de Burton por Sarmiento, a quien dedica *Letters from the Battle Fields of Paraguay* (1870) y su crítica reprobación de Mitre, a quien responsabiliza por la guerra que califica como una profunda inmoralidad política, Uriarte focaliza la posición ambivalente de Burton que, aunque súbdito del Imperio británico para quien trabaja, no escatima críticas sobre las consecuencias de su intervención. El relato de Burton—escasamente transitado por la crítica—no refiere concretamente la Guerra del Paraguay pese a su alusión en el título pues el viajero nunca estuvo en el frente sino que relata la visita a los campos de batalla en los que acaba de ser dirimida la guerra y, por esta razón, la mirada itinerante releva enfáticamente restos, ruinas, cadáveres. La voz del relato incorpora entrevistas a soldados y comandantes cuyos testimonios coadyuvan con un andamiaje que configura desde diversas aristas los estragos dejados por la guerra. Burton se aleja de su rol de trotamundos aventurero para asumir el papel de testigo de las múltiples formas de vacío que ha generado la

guerra. Aunque argumentativamente, Burton—ferviente liberal—se manifiesta convencido de que la guerra responde al esfuerzo por poblar el desierto y activar la navegación de los ríos—empresas estrechamente relacionadas con los proyectos de modernización—; su fe progresista no le nubla la mirada y asume una posición crítica frente al conflicto. Intuye, con perspicacia, que la guerra puso punto final a un proceso de modernización *sui generis* y ha dejado al Paraguay sumido en una etapa pre-moderna.

Burton diseña estéticamente a Latinoamérica a través de las ruinas y, en este sentido, su presentación de la ciudad de Asunción—para Uriarte sinécdoque de todo el territorio paraguayo—, se percibe como la negación misma de una metrópolis moderna: calles que no merecen tal nombre, población raleada. Burton condena—pese a su adhesión conceptual—lo absurdo de una guerra cuyos efectos pretende soslayar.

El segundo texto en el que se enfoca Uriarte es una novela cuyo narrador en primera persona actúa como *alter ego* de su autor, William Henry Hudson (1841-1922). Publicada en 1885, *The Purple Land* relata la violencia que se adueña del territorio del Uruguay durante los últimos años de la década de 1860 y los primeros años de los 70. El narrador alude, desde el título, a una tierra manchada con la sangre de sus propios hijos. Fugitivo de la Argentina, a causa de un casamiento no autorizado, Richard Lamb se refugia inicialmente en Montevideo, donde no le resulta posible hallar trabajo, por lo que inicia un largo derrotero por las tierras uruguayas. En la interacción del protagonista con otros sujetos, observamos que Lamb no se comporta como un mero testigo de la violencia sino que él mismo deviene un agente de acciones disruptivas. Su escritura articula la retórica propia del relato de viajes con historias que atañen a la guerra, forma extrema de la violencia, proceso que determina su paso desde una inicial identificación con su Inglaterra natal hasta la enunciación de reflexiones que visibilizan mecanismos de anti-modernidad referidos al Uruguay. Hudson, a través de su *alter ego*, se distancia del entusiasmo contagioso predominante entre los llamados “viajeros de la vanguardia capitalista” y manifiesta abiertamente su nostalgia. El proceso del narrador y su desestabilización de las miradas consolidadas es focalizado por Uriarte a través de la comparación de los modos simétricamente opuestos con que Lamb relata dos ascensos que, en su periplo, realiza al Cerro de Montevideo: mientras en el primer ascenso su mirada advierte una tierra no transformada por el trabajo ni el capital, que parece estar a la espera de la oportunidad perdida cuando arrojara a los ingleses en 1806 y 1807; el segundo ascenso aparece teñido por el rechazo del viajero a describir magníficas vistas y su gesto simbólico de besar una piedra da cuenta de la conversión operada en Lamb que se ha distanciado del discurso del progreso, del orden y de la estabilidad política para expresar el encomio de la violencia, la

pasión y el desorden. Lejos de avizorar un futuro alcanzable, su mirada evoca con añoranza un paraíso perdido.

Situado casi una década después, el tercer capítulo dedica su interés a Francisco Pascasio Moreno y sus relatos de los varios viajes que realizara por la Patagonia austral. Las crónicas se edifican sobre el modelo de aventureros (Livingstone) y de pioneros expedicionarios (Darwin y Fitz Roy). Representante de la avanzada científica, Moreno lleva consigo el concepto de estado a territorios que carecían de tal noción. Las vicisitudes de viaje por esos territorios inexplorados son narrados desde una explícita perspectiva criolla—en más de una oportunidad, Moreno incluso corrige a sus antecesores ingleses—, y sus expediciones quedan inscriptas dentro del proceso de consolidación del estado argentino y la delimitación de sus fronteras. Los bautismos de accidentes geográficos, analizados en clave de ceremonias de posesión simbólica, incorporan el vasto espacio patagónico a la narrativa nacional. Sin embargo, la mirada de Moreno, captada por la novedad de los procesos que se están desarrollando en el espacio patagónico, desarrolla estrategias retóricas que le permiten tornar invisible al indígena en cuanto sujeto y, al mismo tiempo, volver transparente la guerra cuyos efectos podían preverse en simultaneidad con los viajes narrados y se le tornaron patentes en su regreso al escenario después de la campaña de Roca. Cabe señalar que la tensión entre exhibir y ocultar atraviesa los textos de Moreno aun cuando Uriarte, por momentos, erosiona los matices y la polifonía que enhebra el expedicionario en sus relatos que recogen experiencias de viajes fechados en diversos momentos.

El cuarto capítulo es dedicado a la guerra de Canudos, narrada por Euclides da Cunha (1866-1909) en *Os Sertões*, texto que diseña un derrotero hacia tierra adentro del Brasil que pasa por regiones y se cruza con hombres absolutamente ajenos a los invasores. Las zonas que describe el viajero, oculto en una tercera persona narrativa y que diagrama su texto a partir de un sistema de corte determinista, son localizadas por su discurso “en los márgenes de la historia,” circunstancia que, por momentos, inhibe su capacidad testimonial pues reconoce carecer de instrumentos que abastezcan aquello que observa. Euclides concluye, finalmente, que el Estado se revela incapaz de interpretar la realidad de Canudos, lo que desencadena cierto sentimiento trágico en el narrador que efectúa una autocrítica lacerante cuando recrimina la homogeneidad del discurso oficial que en un comienzo había abrazado como propio: la guerra quebranta la identificación del ingeniero militar con el estado, de modo que la rebelión de Canudos, concebida en los albores como amenaza hacia la República recién constituida en Brasil, finaliza siendo sintetizada metonímicamente en las líneas del primer poema que el autor escribe a su regreso: “Todos hemos sido vencidos. No hay más victorias en este país, nadie puede hacernos esclavos de ninguna bandera”.

El texto de Euclides se despega del relato característico del reportero para denunciar los problemas medulares enfrentados por los escritores de guerra. El autor no sólo enfatiza su independencia sino que explora, a partir de su experiencia, algo que—aunque a veces parezca relegado—subyace en el germen del libro de Uriarte: los sujetos de la modernidad se presentan como individuos complejos y atiborrados de dudas, quienes han advertido con diferentes matices, los costos que esos procesos supusieron, las guerras que produjeron y las punzantes dificultades que la experiencia bélica propone al escritor, a la hora de intentar representarla. La mirada perpleja de Lamb desde el Cerro de Montevideo, la visita de Moreno a los caciques prisioneros en el corazón de la cosmopolita Buenos Aires, por proponer sólo dos ejemplos de las múltiples situaciones similares relevadas por Uriarte, dan cuenta de un proceso histórico complejo en el que quienes buscaron erradicar desiertos advirtieron con azoramiento que habían terminado “haciendo desiertos.”

Cristina Andrea Featherston

Universidad Nacional de La Plata

ASHLEY ELIZABETH KERR, *Sex, Skulls, and Citizens: Gender and Racial Science in Argentina (1860-1910)*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2020.

Argentina has proven a productive setting for historical studies of science, medicine, and technology. Ashley Elizabeth Kerr’s new book, *Sex, Skulls, and Citizens: Gender and Racial Science in Argentina (1860-1910)*, is an innovative and insightful addition to an already substantial body of work on nineteenth-century racial science in Argentina, including that of historians Irina Podgorny, Adriana Novoa, and Carolyne Larson. Kerr builds on these existing studies and extends in new directions, applying the tools of postcolonial theory, subaltern studies, and gender analysis to the subject of Argentine racial science, national identity, and the boundaries of citizenship. While she may slightly overstate the lack of attention to women and gender in the existing literature (see, e.g. the work of María Argeri and Susana Rotker), Kerr is correct in arguing that much more work needs to be done. To that end, *Sex, Skulls, and Citizens* provides a rich and thoughtful study. The author also makes the fair point that scholars of racial thought in Argentina have tended to separate the nation’s immigrant history from that of its Indigenous peoples; her book is a corrective to that dichotomy.

Sex, Skulls, and Citizens is a fine example of interdisciplinary work. Kerr, a literary scholar, productively integrates archival sources and novels of the era. This is particularly appropriate, as many of the scientists of the time also